



AÑO I MADRID 13 de ABRIL de 1924 NUM 8
LA GUERRA DE LOS ANIMALES ó EL ORGULLO VENCIDO



En una remota e intrincada selva, no hollada jamás por la planta humana, y donde sólo de oídas se sabía la existencia de los hombres, estalló una cruentísima guerra entre los animales fuertes, orgullosos de su poder, tiranos todos, y los animales débiles, que vivían de milagro, siempre perseguidos, atropellados en sus haciendas y sus vidas, desdénados. La causa que motivó esta cruentísima guerra no pudo ser más pueril. La que motiva todas las guerras, el orgullo y el egoísmo. Os explicaré cómo fué. La leona, la ballena, el águila, la elefante y demás hembras de la especie fuerte, instigaron a sus respectivos maridos para que exterminaran a los despreciables sujetos de la especie pequeña a pretexto de... poned aquí cualquier calumnia... La leona aseguraba que la nutria se mofaba de ella sin saber porqué; la ballena de que ciertos pececillos se burlaban a su paso; la elefante quejándose de la ardilla, la bisonte de la infeliz cierva, y el águila de la mariposa y la paloma... No había tales carneros. Aquel odio de las hembras grandes hacia las pequeñas obedecía al celo, a la envidia. La leona, envidiaba a la nutria, porque el hombre tiene en más aprecio por ser más rara

y más bonita, la piel de la nutria que de la leona. La ballena, también se moría porque su piel gris, monótona, carecía de los tonos brillantes, como piedras preciosas de los peces de colores. La elefante con su paso lento y torpe, envidiaba la graciosa ligereza de la ardilla, y la bisonte de la gentileza del ciervo, el águila en fin, tan oscura y tan hedionda, envidiaba la blancura de la poética paloma, y los pintados tonos de las alas cristalinas de la mariposa. ¡Guerra a muerte! Los machos, convocaron a toda prisa una asamblea, con objeto de organizarse, comprar armas, disponer el orden de batalla, y nombrar jefe, pero... Como todos eran igualmente fuertes, e igualmente orgullosos, todos pretendieron asumir el mando y vestirse de capitán general de los valientes y terribles ejércitos de la selva... Con este motivo, como presumiréis, se armó la más descomunal trapatiesta que conocieron los siglos... ¿Qué pasó? ¿Quién fué nombrado jefe supremo de las tropas de mar y de tierra? ¿O por el contrario acometiéndose todos, no quedó sana y salva, ni una rata?





Regalos de CAPERUCITA

En el sorteo verificado correspondiente al número anterior, ha sido agraciado el

9.076

El afortunado poseedor del ejemplar que lleve este número, en el cupón que acompaña a este número puede comunicarnos su nombre, apellido y residencia (población, calle y número) para enviarle nuestro regalo, previa presentación de dicho cupón.

EL SOMBRERO DE QUITAIPÓN



Tiburcio Qutaipón paseábase una tarde por la playa con su distinguido chucho "Chuchería". Y admiraba el hermoso cuadro del océano con sus aves marinas con rumbo hacia allá cuando una intensa ráfaga de viento le



mandó el sombrero... también con rumbo hacia allá. A su lado, afortunadamente, estaba "Chuchería". La ocasión, pues, se la pintaban... lanuda. ¡Chuchería!" —gritó—. ¡A ver si te portas y me traes el sombrero en menos

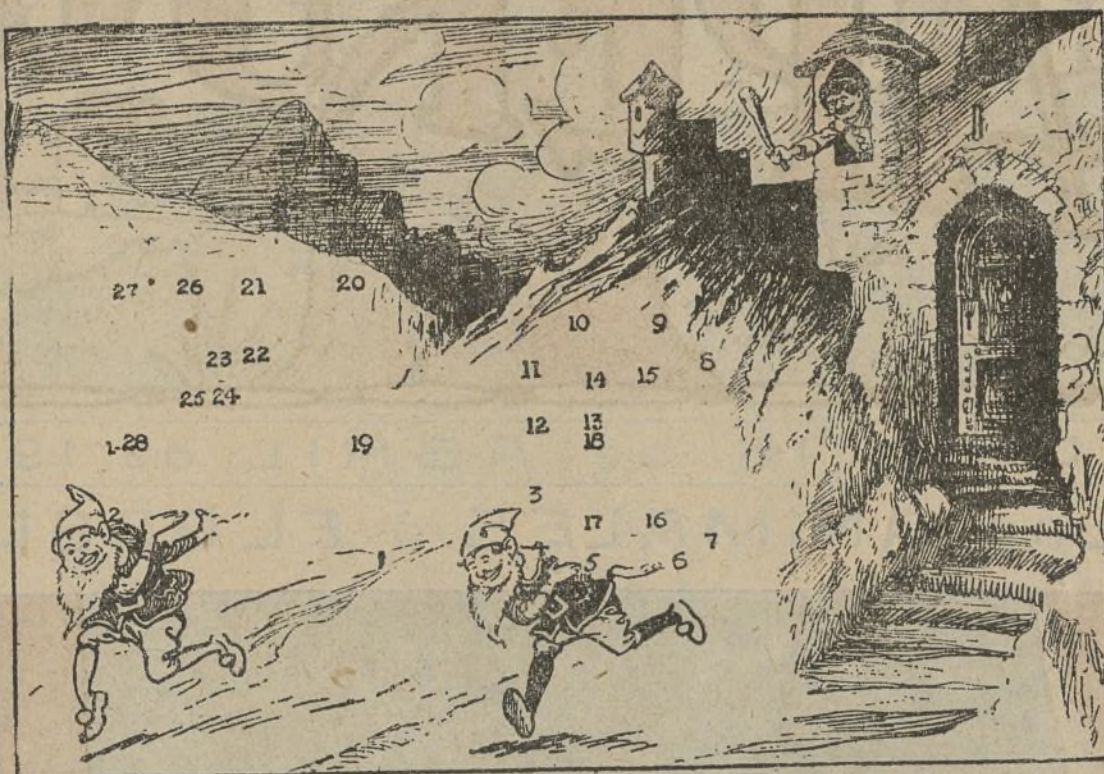


que se persigna un cura loco!" "Chuchería" echó a correr con una velocidad de 120 chuchos por hora tras la cafetera de fieltro conque don Tiburcio Quitaipón, acostumbraba a cubrirse su respetable troncho. Pero el sombrero cayó al agua y "Chuche-



rias" tras él con tanto ímpetu que la tapa de aquél se fué a Arcachón a coger ostras. Figurar el asombro de Quitaipón al ver que "Chuchería" devolvíale, en lugar de sombrero, un corsé... sino de última, al menos de antepenúltima novedad.

¿QUE SE LLEVAN LOS ENANOS?



Oído a la caja: Esos enanitos acaban de hacer una traviesa fechoría. Estaban en el castillo con un brujo malo—que es el que aparece en la garita con una tranca en lamano—y, de pronto, se les ocurre jugarle una mala pasada. ¿Y qué hacen? Se salen del castillo sin que el brujo les vea, cierran la puerta y echan a correr con la... al hombro. Para saber definitivamente qué es lo que se llevan al hombro, trazad una línea del 1 al 2, del 2 al 3, del 3 al 4 y así sucesivamente. ¡Me parece que CAPERUCITA os da toda clase de facilidades para "acertar rompecabezas!"

PRESCRIPCION FACULTATIVA

El otro día, estaba yo comiendo en un café de la Puerta del Sol, cuando vi que un camarero ponía la mano en el hombro de un señor que frente a mí estaba, y le decía:

—¡Ya le cogí! Conque ¿guardándose las cucharillas?

El señor respondió sin inmutarse: —No hago más que lo que me ha mandado el médico.

—Pero ¿qué ha podido mandarle el médico?

—Que tome dos cucharillas de café después de la comida y dos después de la cena. Le aseguro que no he tomado más que las dos que me han mandado. No por nada, sino porque a mí... ¿sabe usted? los médicos nunca han acabado de convencerme.



—¿Qué comemos?
—Comeremos, judías a la Jerusalén.
—¡Ay, yo no he comido eso nunca!
—Ni yo tampoco. Pero me ha dicho mi hermano que están muy buenas... que él mismo las ha visto comer.

LAS 6, LAS 7 Y LAS 8

El camarero de un hotel se acerca a la puerta de la habitación de uno de sus huéspedes y llama:

—¡Señor, señor!...

—¿Qué quiere?

—¡No me dijo usted que le llamara a las siete?

—¡No! ¡Le dije que me llamara a las seis!

—Bueno, es lo mismo. Era para decirle que son ya las ocho.

UN BUEN RECURSO DE MANILARGO



El viejo ratero Manilargo paseábase una tarde, así como el que no quiere la cosa, por la playa de Sanlúcar, esperando una oportunidad de apropiarse de lo primero que se pudiese a tiro, con o sin la voluntad de su due-



ño, cuando el demonio le deparó la suerte de que un bañista viniese a secarse junto a un poste de donde colgaba un salvavidas estupendo. Para colmo de suerte, el bañista debía haberse dejado la columna vertebral en casa, porque se doblaba como una pescadilla anémica. Manilargo,



que no tenía de tonto ni un cuarto de pelo, coge el salvavidas y lo empuja con fuerza hacia abajo de manera que pasase por dentro de su circunferencia el poste y el... salva sea la parte del bañista. Y como daba la casualidad de que no había tiempo



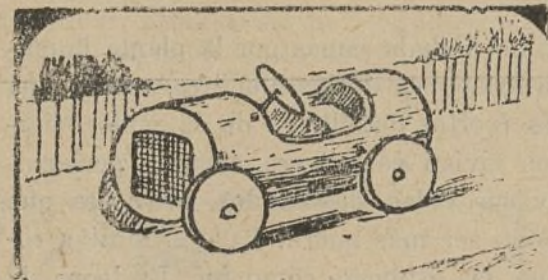
que perder, echó mano a las ropas del pobre bañista y echó... a correr, en tanto que la pescadilla humana contorsionábase de lo lindo para sacar del salvavidas aquella parte de su cuerpo que más falta le hacía para tomar asiento.



El niño Enrique Collado Ponce, de Albacete, agraciado con el magnífico BALON, regalo de CAPERUCITA, en el sorteo verificado y correspondiente al número cuatro, acompañado de su hermana Elvira.

TODO EL MUNDO FABRICANTE DE AUTOMOVILES

Quien no tiene auto es porque no quiere. ¿Que no? ¿Qué os apostais? Vamos a ver. ¿Quién no tiene un pedazo de corcho, cinco alfileres y cinco "redondelas" de cartón? ¡Todo el mundo,

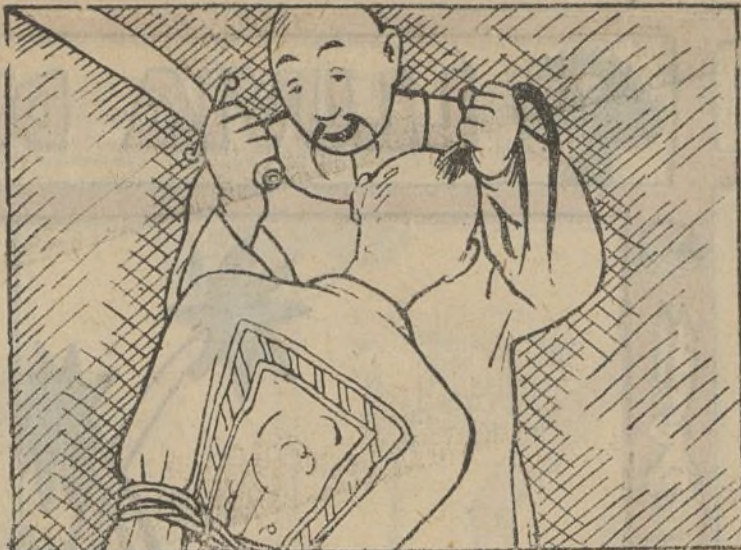


claro! Y ¿a que con el dibujo ante los ojos sabéis lo que ha de hacerse con esos materiales? Intentadlo y tendréis un auto que os habrá costado poco trabajo y mucho menos dinero.





Salieron de la estancia el rey y el emir, y éste hincándose de rodillas, dijo a su señor: "Por cuanto acabo de oír, me convenzo de que sería perfectamente inútil cuanto intentara por curar a la princesa. No tengo remedios para su dolencia, y, por lo tanto, mi cabeza está a disposición de vuestra gracio-



sísima majestad." Por de contado, que el rey no se anduvo con chiquitas, y que ordenó que rebanaran el cuello al pobre emir. Algunos días después, con tal de no tener que reprocharse nunca el no haber hecho cuanto estaba en sus manos por curar a su hija, hizo publicar el rey un bando en el que



se hacía saber que si había en todo el Reino un médico, astrólogo o mago que se sintiera capaz de devolver la razón a la princesa, que se presentase en Palacio. Si la curaba, se casaría con ella, si no se le cortaría el cogote. El primero que se presentó fué un astrólogo, a quien el rey hizo conducir por



un esclavo al aposento de Radourah. El astrólogo sacó de un saco un gran antejo, una pequeña esfera, una retorta, y una infinidad de cosas más, tan curiosas como inútiles. La princesa Radourah, preguntó qué significaba tanto aparato: "Alteza—respondió el esclavo—todo esto ha de servir para saca-



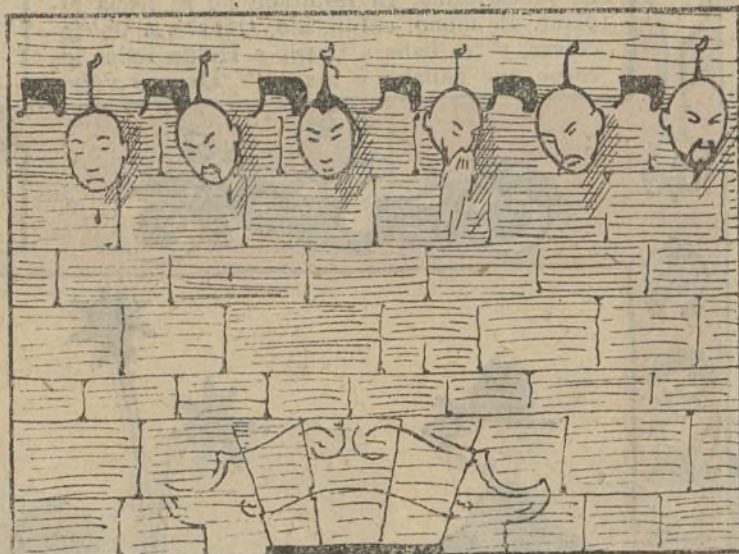
ros los espíritus del cuerpo, y hacerlos pasar a este vaso que veis" "¡Maldito astrólogo!—vociferó la princesa—. ¿Me han tomado por loca? ¡Pues sabes que aquí no hay más loco que tú! Si tanto es tu poder, haz que vuelva a mi lado el joven que se ha apoderado de mi corazón." Naturalmente, el astró-



logo, amoscado, volvió a meter en el saco todos sus utensilios de brujería y se dirigió al salón del trono donde el rey le esperaba. "Señor—le dijo—, yo creía que vuestra hija estaba loca, pero me he convencido que no tiene más sino que está enamorada como una gacela." "¡Ah! ¿Sí?—respondió el rey—,



¡Conque enamorada! Pues ya puedes disponerte a perder esa calabaza que te ha dado Dios por cabeza!" "Señor—repuso el otro—; la calabaza está a vuestras órdenes." No hubo piedad. El pobre astrólogo perdió la cabeza, y, tras él, ciento cincuenta infelices más, entre astrólogos, médicos, sacamuelas



y demás gente holgazana. El rey, para que sirvieran de escarmiento, mandó poner las cabezas en fila en lo más alto de las murallas de la capital. Pero la historia se complica que es un primor. La princesa Radourah, como hemos dicho, tenía una nodriza, y ésta tenía un hijo llamado Marzaván, her-



mano de leche de la princesa, con la cual se había criado. Tanto habían llegado a quererse que se trataban como hermano y hermana. Pues bien, Marzaván había cultivado su espíritu con varias ciencias desde su juventud, y había llegado a ser, sobre todo en astrología, una verdadera eminencia. Había



viajado mucho y con el mayor provecho. Después de una ausencia de varios años, Marzaván volvió a la capital de la China, y le sorprendió infinitamente el ver tantas cabezas colgadas de garfios en lo alto de la muralla. En seguida quiso saber noticias de su hermana de leche, la bella princesa Radourah, y no faltó quien le informase de todo lo que saben ya



los curiosos lectorcitos de CAPERUCITA. Aunque la nodriza de la princesa, o sea la madre de Marzaván, estaba siempre muy ocupada con Radourah, en cuanto supo que su hijo de su alma estaba en la capital, de regreso de sus largos viajes, buscó un pretexto para poder ir a abrazarlo y a informarlo con más detalles de lo que él ya sabía. Marzaván,



después de escucharla atentamente, le preguntó si no podría procurarle un medio para ver a la princesa, sin que el rey se enterase. "Mañana te contestaré"—repúsole la madre, y se volvió hacia la estancia de Radourah, a cuya puerta hacía centinela un esclavo.

(Continuará.)

¡DICH@ Y HECHO!



Don Cletito tuvo necesidad de visitar al sabio especialista Hipocacuana y se presentó en su clínica, hecho un verdadero brazo de mar. El doctor le rogó que se quitara la levita con objeto de reconocerle



Así lo hizo don Cletito, que era muy bien mandado, no sin antes dejar la chistera sobre la mesa del doctor, con tan mala fortuna, que quedó precisamente debajo del grifo que cerraba el depósito del agua. El



doctor Hipocacuana, a pesar de que era la primera vez que le veía, le reconoció en seguida y le ordenó que comenzase a darse duchas. Y don Cletito, como era tan bien mandado, empezó el plan curativo.

LLUVIA DE COCOS



Hollín era el negrito que con menos trabajo realizaba la recolección del coco. Salía muy tempranito de su aduar, llevando una carretilla y un coco (Hollín no los tenía miedo) y se encaminaba a un bosque de cocoteros. Allí no tardaba en ver algún simpático cuadrumano, al cual le arrojaba violentamente el coco, corriendo inmediatamente a esconderse debajo



de la carretilla. El resultado no se hacía esperar. El mono, enfurecido, trepaba a un cocotero, y "se iba a tirar a Hollín todos los cocos que hallaba a mano. Y algunas veces, cuando al mono le ayudaban en la pedrea algunos amigos, bastaban muy pocos minutos para que Hollín regresara a su aduar con su establecimiento abarrotado de mercancía

MIÑO



—Mira, Pasa a casa de don Cleoforo, y le entrega de mi parte.



—Espera, Pasa a mi papá, ya que lo quiero llevar la entrada a jugar.



—Querido como me dijo usted que se iba a mi niño, se lo muestro en un momento.

EL CRIAD@ OBEDIENTE



Don Pascual trataba con gran despotismo a sus criados. Un día que Juanón le preguntó cuánta arena debía traer para el jardín, respondió groseramente: —Tú ves trayendo, que



yo dire ¡basta! cuando me dé la gana. Juanón no respondió ni una palabra. Cogió la espátula y empezó a traer arena y más arena. Entretanto, don Pascual comenzó a dar cabezadas y, cinco minutos después, roncaba estruendosamente. Pasaron varias horas y, mientras el incansable Juanón seguía trayendo espátulas de arena, don Pascual seguía durmiendo

UNA BUENA CAIDA



Este era un farolero muy gracioso y ocurrente. Un día en que se hallaba cumpliendo su "lucida" misión, fué embestida su escalera por un auto que llevaba todos los caballos desbocados. La escalera perdió el



equilibrio y se lo hizo perder al festivo farolero, que aún tuvo humor para gritar: —¡A ver quién me sube la escalera!—Y cuando creyó que iba a aterrizar sobre el adoquinado, encontráse cómodamente instalado entre los almohadones del auto atropellador. Por eso exclamó en seguida: —Yo, tendré algunas veces poca gracia; pero hoy no me negarán ustedes que ha, tenido una buena caída. ¡Y tan buena!

LA CAZA DEL LEÓN



—¿Vosotros no habéis cazado nunca un león? Yo, tampoco, pero es la cosa más sencilla. Se coge la tapa de la tinaja, se coge un martillo y se coge... el camino más corto para ir a la selva africana. Una vez allí, se espera la acometida del feroz carnívoro (no confundirle con el de la esquina) y se descuidarse. No hay más que remachar las uñas por el lado contrario de la tapa, sin hacer caso de sus feroces rugidos. Esos rugidos los dan para tratar de asustaros; pero no es tan fiero el león... y una vez que ya lo habéis cazado, ¡no soltéis la tapa, y a casa con él!

MANOLIN. AUTOMOVILISTA



Manolín se acostaba todas las noches pensando en su afición favorita: el automovilismo. Y tan pronto como se quedaba "roque", soñaba que todo cuanto había a su alrededor se transformaba. Las ruedecitas de la cama crecían descomposadamente y la colcha iba tomando forma de "capot". Hasta que la cama y sus ropas se convertían en un vertiginoso auto de marca desconocida. Y, claro está, el auto soñado era atraído por un poste o por un guardacantón, y el choque era imparable. Por esto Manolín, siempre amanecía en el suelo o debajo de la cama.

PARRONDO. CABALLISTA



Parrondo se encontró a un soldado de su pueblo, que era de caballería, acompañado del caballo de su capitán. —¿Me dejas montar un poco?—dijo Parrondo. —¡Pero tú sabes montar!—Ahora lo verás. Y, puso el pie en el estribo y ¡jarriba! El caballo, empezó a dar muestras de desagrado, terminando por hacer unas cuantas corbetas que dieron con Parrondo en tierra. Cuando le vió tendido, en el suelo, acercó su paisano y le preguntó: —Pero, ¿no decías que sabías montar?—Y claro que sé montar. Lo único que no sé es tenerme arriba.



Aquel espectáculo fué sorprendente para ella. Las cabañas, esparcidas en grupos de dos o tres, se ocultaban a la sombra de los árboles; el arroyo, en extremo rápido, llevaba sus plateadas aguas sobre un lecho de arena y de lucientes piedrecillas. Las cabras, suspendidas sobre las puntas de las rocas, ra-



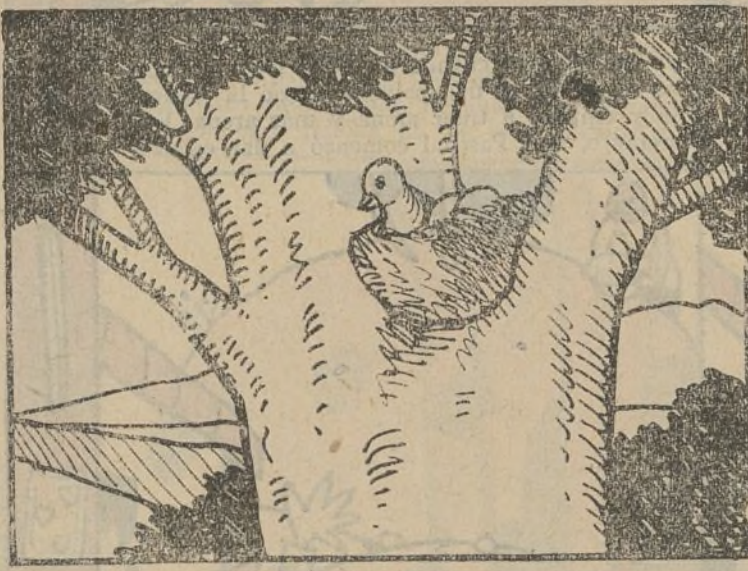
moneaban los retoños del espino albar, y los primeros rayos del sol doraban con su brillante luz el paisaje cubierto aún con los vapores de la mañana. Los niños, Edmundo y Blanca, corrían sobre la hierba y jugaban con las cabras del molinero. El niño preguntaba por qué la rueda del molino permanecía



en el mismo sitio sin adelantar, a pesar de que daba vueltas, como hacen las de los carruajes. La niña no se cansaba de mirar aquel agua que hervía bajo la rueda y saltaba convertida en blanco y espumoso polvo, brillante como diamantes y pedrerías a los reflejos del sol naciente. Marta y su ama se ocupa-



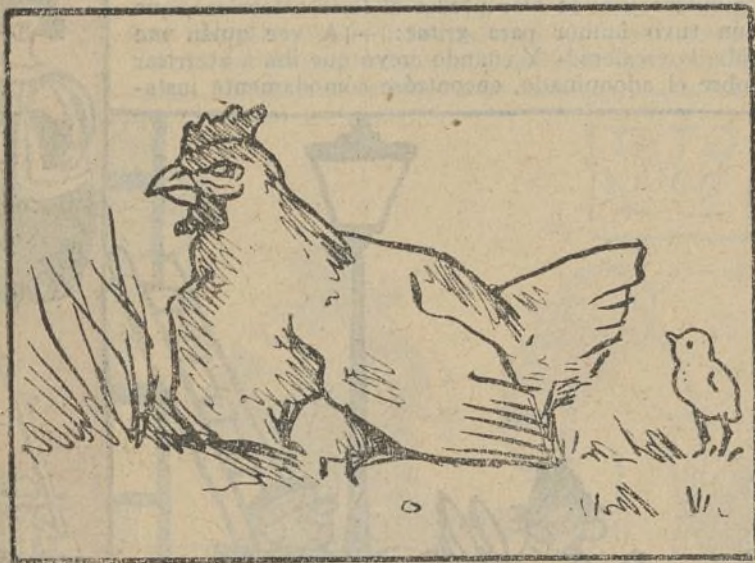
ban del cuidado de la casa, y poco tiempo después todo estuvo en orden. La señora pensó entonces en preparar el almuerzo. "Vamos, Marta—dijo la dama desconocida a su joven criada—. Ve a buscar huevos y procura que sean frescos. ¿A cómo cuestan en este país?" "—Huevos, Señora?—exclamó Mar-



ta con gran admiración—. ¿Y qué hará usted con ellos?" "—Los haré cocer en este agua que está caliente." "—¡Ah! Yo no sabía que se comían los huevos de los pajaritos! Sin duda, en el país de donde usted viene habrá gentes que se ocupen en irlos a buscar al bosque; pero aquí nadie se cuida de



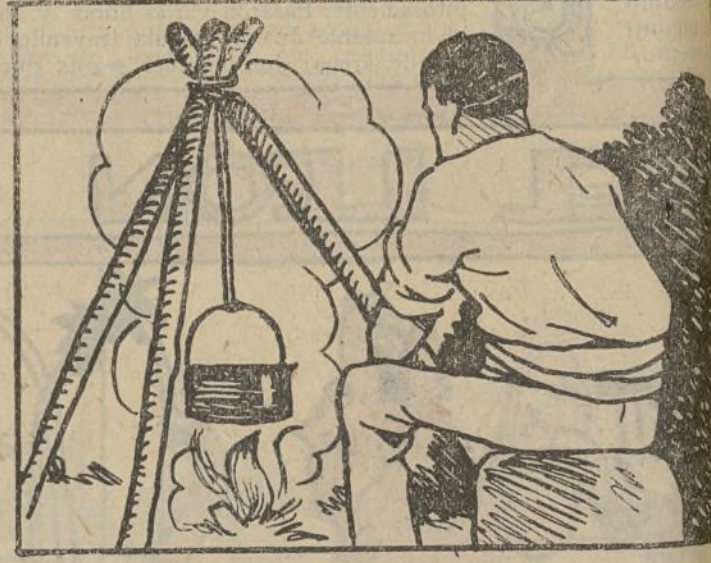
eso. Si usted quiere que yo misma vaya, lo haré con gusto, pero temo emplear mucho en hallar siquiera un nido." "—No te hablo de huevos de pájaros; te digo que vayas a buscar huevos de gallina; uno sólo de ellos vale más que tres docenas de los otros." "—En verdad, señora, los huevos más



grandes que he visto en mi vida son los de palomas torcaces, y no sé lo que es una gallina. Y hasta me figuro que en todo el valle y aún en el pueblo a donde van a vender el carbón nadie conoce ese pájaro." "—¿Pues qué, ¿no hay aquí gallinas?" La ignorancia de los habitantes del valle y aún de la al-



dea parecerá inconcebible, hoy que hay gallinas por donde quiera; pero en la época en que tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia eran tan raras en ciertas comarcas como lo son hoy los pavos reales en algunos países. La señora se contentó por el momento con las legumbres que le suministró



el molinero. Pronto advirtió que le sería muy difícil procurarse carne y pescado; los carboneros no conocían sino los alimentos más sencillos y aun comunes, y no era posible encontrar otros en el valle. Se hallaba por tanto muy confusa, sin saber cómo podría dar a sus hijos un alimento análogo al que



la costumbre había hecho casi necesario para ellos, lo cual le hacía muy sensible no tener un pequeño corral. "¡Dios mío! cómo nos enseña la desgracia a conocer vuestros beneficios! Cuando me hallaba en la abundancia, cuando sólo tenía necesidad de formar un deseo para verlo cumplido, ignoraba que



fuese cosa tan preciosa una gallina y sus huevos. Ahora no lo olvidaré." Kuno, el anciano servidor, había salido desde el amanecer con la mula para ir a buscar bien lejos de allí, en la llanura, muchos objetos necesarios que no eran ni aun conocidos en el valle; volvió al día siguiente con la mula cargada de utensilios, de provisiones para la casa, y de



semillas para el jardín. Más tarde hizo viajes que duraron una semana y aun más. Cada vez que volvía conferenciaba largamente en secreto con su señora, y, sin duda, la anunciaba funestas noticias, porque parecía mucho más afligida que de costumbre, en los días siguientes al regreso de su criado

(Continuará.)

I



ONDE están mis gafas?—preguntó el profesor, que moría de impaciencia por leer una carta interminable que acababa de recibir.

—Las habrá olvidado usted, como de costumbre, sobre la mesa de piedra—gruñó Marta, la vieja criada.

Y como el profesor pedía sus gafas lo menos diez veces al día, Marta no se inquietó.

—La cosa está clara—exclamaron las gafas riendo.

¿Y a que no sabéis en dónde estaban las indinas?

Pues enredadas en unas matas de margaritas, a donde habían caído desde un clavo en que habíalas dejado, olvidadas, el sabio profesor.

Este se acababa de echar una siestecita. Restregándose los ojos, buscó por todas partes sin encontrar nada.

—Acaso las haya dejado en mi cuarto—pensó.

La carta era de su sobrino. Era una carta llena de simplezas y frases cañinosas.

El profesor la leyó en voz alta como Dios le dió a entender. ¡Qué alegría la suya al leer aquello de: “Querido viejo de mi corazón”... Y aquello de: “Mil besos para mi tito de mi alma.”

Si el profesor hubiera prestado atención habría oído una especie de tintineo que surgía de entre las flores del jardín. Pero, estaba tan distante que no oyó nada, y las gafas siguieron riéndose:

—Tri, tri, tri... ¡Pero qué borrico es ese pobre hombre! “Querido viejo de mi corazón!” ¡Tri, tri, tri! “Mil

besos para mi tito de mi alma!” ¡Tri, tri, tri! Y pensar que el pobre señor pasa por ser un sabio y que nadie se haya dado cuenta aún de que la sabiduría se la damos nosotras. ¡Un humilde par de gafas! ¿Quién se ha de fijar en ellas? Ni siquiera preguntan por el nombre del fabricante, mientras que él, el ilustre profesor, tiene diplomas, y una cátedra y una enormidad de elogios de todo el mundo.

El profesor plegó la carta y subió a dejarla en su despacho.

—¡Bah! ¡Bah!—terminaron maliciosamente las gafas—. Cuando no nos tienes sobre las narices, no eres más que un pobre diablo, que no piensa más que tonterías.

II

—¡Marta!—gritó el profesor—. ¿Tampoco están las gafas en mi cuarto?

En aquel momento, el jardín fué invadido por una alegre pandilla de escolares que, poco después, rodeaba al querido maestro, entre exclamaciones y vítores. Eran sus alumnos del instituto que venían a ofrecerle un magnífico pergamino en el cual estaban escritas, en su honor, cosas verdaderamente fantásticas.

—Esperad un poco—dijo el profesor. Tomaremos juntos unas copas de vino blanco.

Y, con las lágrimas en los ojos por la emoción, bajó a la cueva.

Apenas quedaron solos los estudiantes, empezaron a hablar de él, de su bondad, de su modestia y de su profundo conocimiento del griego y del latín. Y, tal vez como compensación, se apresuraron a hablar mal de otro catedrático; y cayeron sobre el de Matemáticas, aquel saco de vanidad, tan ignorante como presuntuoso.

—Toda su importancia se reduce a sus gafas—dijo uno.

Y se puso a imitar al criticado, al cual nunca se había visto sin sus grandes gafas con montura de oro, que le daban un aspecto de imponente digni-

dad. Las gafas del profesor de latín no pudieron contenerse:

—¡Esa es la justicia de los hombres! Porque esas gafas del profesor de Matemáticas están montadas en oro, no se hace más que hablar de ellas, y de nosotras, que sabemos griego y latín y que nos pasamos los días y las noches quemándonos los cristales sobre los libros... De nosotras ni una palabra.

Volvió el profesor, y llamaron a Sergio, a Manuel y a Adolfo—unos niños que vivían en el piso segundo—para que viniesen a beber una copita de vino con los estudiantes.

III

Ocurrió que Sergio traía una redecilla para coger mariposas, y las gafas, viendo voltigear aquellas redecillas por todos lados, pensaron:

—Si pudiéramos meternos en la red de Sergio... ¡Quién sabe! Acaso cayésemos entre las manos de alguien que fuese menos avaro que nuestro dueño y que, tal vez, nos adornase con una montura de oro.

En efecto, procuraron quedar prendidas de los hilos de la red y lo hicieron con tanta naturalidad que ni el mismo Sergio se dió cuenta.

De vuelta a la casa, arrojó Sergio la red en una pequeña habitación obscura en donde se guardaban las castañas.

—Paciencia—pensaron las gafas—. El mundo no se hizo en un día.

En aquel momento, volvía a gritar el profesor a Marta:

—¡Pues sabes tú que no se encuentran mis gafas por ninguna parte!

No pasó mucho tiempo sin que a Adolfo se le ocurriese ir al cuarto de las castañas y encontrarse en la red lo que él consideraba como un juguete extraordinario. Se levantó y fué al salón en donde, después de ponerse las gafas, se sentó a leer un magnífico libro con estampas. Era un libro inglés, que empezaba: “Bob, the little dog...”, lo cual quiere decir: “Bob, el perrito”...

—¡Cuidado que somos inteligentes!—pensaron las gafas con orgullo—. No sólo sabemos griego y latín, sino que, en cuanto vemos un libro inglés, lo comprendemos como si tal cosa.

Por desgracia, Adolfo no había fijado en su memoria más que aquellas cuatro palabras: “Bob, the little dog.” Volvió la página, vaciló un instante, y volvió a leer: “Bob, the little dog.” Y lo mismo le ocurrió en la tercera y en la cuarta página.

—¿Qué significa esto?—pensaron las gafas sorprendidas—. En los libros griegos y latinos no se repiten siempre, como aquí, las mismas palabras.

IV

Entraron en el salón Sergio y Manuel, y al verle con las gafas en las narices armaron un escándalo de risas y burlas. Al ruido que promovieron, acudió su padre, quien al saber que Adolfo había encontrado las gafas, las probó para ver si le iban bien a su vista.

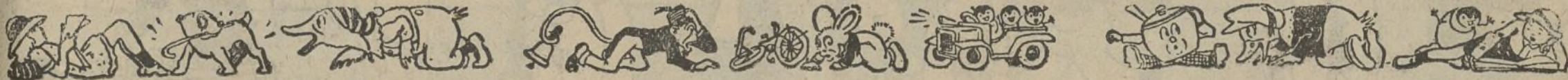
Cogió un libro de latín e intentó leer. No le fué posible. Ni las gafas tampoco entendieron una sílaba.

El padre, mohino, cogió las gafas y las tiró con violencia por la ventana al campo.

Las infelices cayeron en un montón de estiércol, y ya empezaban de nuevo a creerse tanto o más sabias que el profesor, cuando oyeron unas ranas croar en una laguna próxima:

—¡Cuá, cuá, cuá! Se creyeron sabias porque leían griego y latín y no quisieron ver que no eran ellas las que lo leían sino el profesor que las usaba. ¡Orgullosas! ¡Orgullosas! ¡Rabia! ¡Rabia!

Vaya si sintieron rabia las gafas vanidosas. Tanta que saltaron los cristales en mil pedazos, como confundidos por la justicia inexorable de la Providencia para la que el orgullo es uno de los más horribles pecados.



CASTIGO DE DIOS



ACE muchos años vivían dos compadres, los cuales la verdad sea dicha, eran dos puntos de cuidado.

El uno era de una codicia incapaz de ser satisfecha con nada de este mundo, y el otro un envidioso a quien la felicidad de sus semejantes le ponía enfermo.

Es verdad que un envidioso es “una cosa” despreciable, pero, ¿adónde me dejáis al codicioso?... Porque por codicia se presta con usura, por codicia se inventan los enredos más bajos, por codicia se cometen las más infames acciones.

Pues bien, una tarde en que caminaban juntos nuestros dos grandes be-

llacos, quiso Dios que se encontraran con San Martín. No hay que decir que le bastó al santo echar una ojeada sobre ellos para darse cuenta de sus perversas inclinaciones. San Martín caminó con ellos un buen trecho sin darse a conocer. Al llegar a un sitio en que el camino se partía en dos, les dijo quien era y que iba a separarse de ellos. Y, añadió:

—Quiero que tengáis algún motivo para felicitaros por haberme encontrado. Pídanme lo que desee uno de vosotros y el otro obtendrá el doble de lo que pida el primero.

El codicioso, pese a sus grandes deseos de pedir algo magnífico, tuvo buen cuidado de callarse a fin de lograr el doble de lo que el otro pidiera.

Y excitaba a su compañero a pedir algo que fuera verdaderamente extraordinario.

—Vamos, tú—le decía—no te vayas a quedar corto, ahora que se te

presenta ocasión de pedir cuanto se te antoje. Fíjate que sólo depende de ti el que seas rico por todos los días que te restan de vida. Vamos a ver si te portas como un hombre pidiendo:

Pero su compadre, que se hubiera muerto de envidia si le hubiera visto lograr el doble de lo que le concedieran a él, le contestó:

—Mira, compadre, mejor será que pidas tú... Yo tengo muy poca cabeza, y tengo la seguridad de que voy a quedarme corto.

El otro se negó, y el otro volvió a negarse. San Martín les miraba sonriendo y les dijo que si no se decidían, tendría que irse sin poder hacer el milagro.

El envidioso, al ver que su compadre no daba su brazo a torcer, temblando de cólera, le dijo:

—Está bien. Seré yo quien pida, pero te aseguro, por la gloria de mis padres, que no vas a salir ganando.

—Vamos, hermano—dijo San Martín—cálmate y pide lo que desees.

—¿Lo que deseo? ¡Pues no deseo más sino quedarme tuerto, para que mi compadre se quede ciego!

—¡No, no!—protestó el otro.

—Piensa bien lo que pides—aconsejó San Martín.

—Sé lo que pido: quedarme tuerto.

—¡San Martín, por lo que más quieras, no le hagas caso!—gritaba el codicioso hasta desgañitarse.

—Hijo mío—le respondió San Martín—yo no puedo por más que cumplir mi palabra. Algún castigo han de tener los malvados.

Y el cielo concedió al envidioso lo que con tanto ahínco había pedido. Ved lo que lograron aquellos miserables de la buena voluntad del santo: que el uno perdiera un ojo, y el otro los dos.

El mal que cae sobre los malvados es justicia del cielo.



—¡Fuego!... ¡Fuego!—se oyó gritar a la puerta del Parque de Bomberos. El intrépido señor Aguado, jefe interino, salió para ver quién gritaba de aquel modo y no pudo ver quién era; lo que sí vió fué una columna de humo que salía del barrio de los Lateros. ¡Y allí fué Troya! Se “lió” a dar órdenes y más órdenes y cinco minutos más tarde había congregado en torno a las chozas de los La-

teros todos los Parques de Bomberos. Acudieron las autoridades, la Cruz Roja y todos los serenos. ¡El señor Aguado casi se muere de repente! La columna de humo que él creyó saldría de una terrible hoguera, no procedía más que de la pipa de Paco el “Mangante”, que fumaba a la puerta de su casa-palacio. El señor Aguado ha pedido el “retiro”, porque no se atreve a volver al “Parque”.



Los papás de Julita, como eran más pobres que las ratas, no podían permitirse el lujo de tener criada. La pobre Julita, por tanto, era la que tenía que sacar de paseo a sus dos hermanitos, cosa que le “cargaba” sobremanera. Un día, tuvo una idea feliz. Cuando

ya tenía lo menos dos reales, compró los dos mejores globos que llevaba el “Gasista”. Y por fin, pudo darse Julita el “gustazo” de salir una tarde a paseo sin la carga de sus hermanitos que, por cierto, estaban encantados con su papel de “aviadores”.



“Roequeso” viene huyendo de “Canelo”, y se refugia en una magnífica bota “sin par”. Allí le persigue “Canelo”; pero, afortunadamente, la bota, igual que si estuviera viendo una cinta de Charlot, se ríe a “contrafuerte batiente”. “Canelo” ha metido la cabeza den-

tro de la bota y ha metido también “la pata”, porque ahora no la puede sacar. “Roequeso” se aprovecha de la situación, empuña los cordones a manera de riendas y le demuestra a “Canelo” que “está haciendo el burro”.